

pura» suscitó hace ya cinco años otro presbítero, que también se ilustró en la crítica literaria: el abate Henri Brémond. Allí podrían haberse confrontado útilmente las dos tendencias: claridad absoluta, vigor, elocuencia, por un lado, y por el otro, media luz, fluidez, refinamiento; podía haberse mostrado como, desde cuarenta años, desde el apogeo del simbolismo, esta segunda tendencia predomina y va haciendo de la poesía francesa un arte accesible sólo a los iniciados. Pero, es mucho atrevimiento de un simple aficionado, el querer indicar el conferencista sus temas. Omer Emeth sabrá perdonármelo.—MAURICIO FABRY.



«LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA DICTADURA BOLCHEVISTA», por
Enrique Molina.

Llamaron la atención, hace poco, las conferencias sobre Rusia que dió en la Universidad de Chile el Presidente de la de Concepción, don Enrique Molina; el interés que despertaron en el público fué tanto, que muchas personas se quedaron sin oírlas: la sala repleta antes de la hora hacía difícil hasta el acceso del mismo conferenciante.

Un doble motivo provocó ese movimiento.

Por una parte, el prestigio del maestro que iba a tomar la palabra, su fama de orador, la reconocida ecuanimidad de su criterio, la amplia versación filosófica, histórica y sociológica que le confieren elevada autoridad y los estudios especiales que sobre la materia ha realizado.

Por otra parte, era valentía abordar esta materia en un ambiente que no se distingue por la benevolencia ni por la tolerancia aun hacia las más altas personalidades, cuando media la sospecha de que sus ideas no se conforman exactamente a las suyas o a las que reciben nombre de tales. Experiencias recientes

inspiran a otros, que habrían aportado luces al debate, una prudencia bastante explicable.

La sabiduría no tiene por qué juntarse al heroísmo.

El señor Molina pronunció la serie completa de sus disertaciones.

Ahora tenemos su texto: un volumen de casi doscientas páginas, editado por las Prensas de la Universidad de Chile, que abarca, en seis capítulos, todos los aspectos esenciales de la Revolución Rusa y la Dictadura Bolchevista. Primero, los antecedentes, el despotismo imperial del régimen zarista, los abusos de la autocracia; las complejidades del alma rusa con observaciones de Waldo Franck, Dostoyewsky, Turgueneff, Paleologue; la guerra mundial y esa conjunción de fatalidades que provocaron un Emperador débil, una Emperatriz fanática y el siniestro monje legendario. Después, la hecatombe de 1917 y las dictaduras de Lenín y Stalín, que son, exactamente, la tiranía autocrática aplicada por otros hombres con otros nombres.

Son páginas serenas de pensamiento y nutridas de documentación que convencen a cualquier espíritu sin prevenciones doctrinarias.

El señor Molina comienza afirmando que no se forja la ilusión de que pueda pronunciarse la última palabra acerca del problema ruso. No hay todavía juicio histórico definitivo sobre la Revolución Francesa, ni sobre la Reforma, ni sobre el Renacimiento, ni siquiera sobre la grandeza y decadencia del Imperio romano. El alma humana es demasiado compleja para que alguna vez llegue a agotarla el análisis. Y en estos procesos colectivos son millones de almas, a más del misterio del alma colectiva, las que se niegan a entregarnos su secreto. Toda conclusión, aun la de apariencia evidente, debe quedar en calidad de hipótesis.

Pero sería renunciar a la facultad del pensamiento abstenerse de opinar a la vista de hechos indiscutibles, de los cuales se sacan todos los días deducciones de alcance práctico y aplicación inmediata.

El señor Molina emite su juicio con entera franqueza y condena a los adeptos de la revolución bolchevista, que desearían presentarla como un ejemplo universal.

Dice:

«Perdónenme los que tal piensan que no vea en esa actitud
« nada más que falta de solidez intelectual, carencia de reposado
« espíritu crítico en estos problemas de carácter sociológico y
« embotamiento de la capacidad de reflexionar, a causa de un en-
« tusiasmo inquieto, no libre tal vez de pequeñas pasiones po-
« líticas».

He ahí bien definidos los principales rasgos del típico «re-
volucionario ruso» que vemos a cada paso.

Son hombres que «tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen». Ignoran las diferencias profundas que separan al pueblo moscovita de los pueblos occidentales. Nunca, ni en los épocas peores, han sufrido éstos la tiranía aplastante que ha dado a los rusos esa tristeza sin esperanza, esa sumisión resignada, esa fuga hacia el mundo místico que reflejan sus grandes escritores. La novela picaresca española resulta un juego alegre ante el drama sombrío de «La Casa de los Muertos», donde no se conoce la libertad.

En Rusia faltan elementos psicológicos esenciales que la historia ha ido dejando en Occidente: Rusia no ha recibido la influencia del Derecho Romano, escuela de razón y de orden; no ha conocido el Renacimiento que exaltó al individuo hasta la fuerza y la belleza; no supo de las revoluciones inglesas, ni oyó la Declaración de los Derechos del Hombre, esa carta fundamental de la dignidad humana, que «han asentado como uno de los valores esenciales de la vida el respeto a la personalidad». En Rusia el individuo político no existe. Solamente el rebaño anda, se detiene y padece.

Se quiere proscribir la democracia en nombre de la economía y se ataca la representación popular como una farsa. Se dice que el estado democrático se ha demostrado incapaz de resolver los

problemas de la nueva industria, de la nueva máquina, y que el hambre del proletariado herido por la desocupación exige nuevas formas de gobierno. Bien, Reconozcamos que así sea. ¿Qué ofrecen, en cambio? La derecha, tiranía fascista; la izquierda, tiranía comunista. Ambas, esclavitud de miles de hombres sujetos a un hombre o un grupo de hombres.

Esto, en nombre del progreso, de las ideas modernas y también, a veces—porque la inconsecuencia no reconoce límites— en nombre de la misma libertad.

Cierto que suele agregarse «de la libertad económica» o de la «liberación económica del proletariado», como si pudiera existir o durar un minuto la libertad, de cualquier clase que sea, cuando la libertad política ha desaparecido.

Combate también el señor Molina el concepto de la lucha de clases lanzado por el marxismo no como doctrina sociológica, sino como disparo de alcance político para enconar pasiones y con visible falacia. La existencia de las clases sociales constituye, ante todo, un fenómeno natural, producto de la diferenciación humana, ineluctable resultado de que haya unos hombres más altos, más fuertes, más hábiles, más previsores, más inteligentes, más honrados, más útiles para la creación o conservación de valores sociales y destinados, por tanto, a triunfar en la lucha o a servir a la colectividad junto a otros más bajos, más débiles, más imprevisores, perezosos, deshonestos o inútiles que, inevitablemente, ocupan otro puesto y no pueden disfrutar de condiciones iguales, aunque el organismo social se dé vueltas veinte veces al año. Luego, las clases sociales constituyen un fenómeno benéfico, siempre que no estén cerradas como las castas hindúes, porque estimulan la energía individual, permiten el ascenso de los mejores y precipitan el descenso de los inferiores, es decir, realizan la verdadera justicia que consiste, no en tratar a todos por parejo, sino en premiar a los buenos y castigar a los malos. La «equidad» es lo contrario de la justicia si se aplica sin discernimiento, como la igualdad puede oponerse a la

selección natural y detener el progreso de la especie o retraerla a la barbarie primitiva.

Desgraciadamente, la misma democracia liberal ha abierto el camino a la muerte de la libertad democrática mediante el abuso del sistema que consiste en amplificarlo demasiado. Sucede aquí lo que Diderot proponía a los ateos: «Hay que extender la idea de Dios hasta hacerlo reventar». El panteísmo equivale al ateísmo, el sufragio universal, sin calificación de personas, conduce directamente a la tiranía, porque, así en el orden de la acción como en el pensamiento, «los extremos se tocan».

La sabiduría consiste en guardar el equilibrio.

Ni tiranía de las derechas, ni tiranía de las izquierdas, ni dictadura fascista, ni dictadura comunista. Esta provoca aquélla por algún tiempo, como la enfermedad exige la pócima; pero tan imposible sería la existencia normal con fiebre alta permanente como bajo un régimen continuo de inyecciones.

Un maestro de la antigua escuela liberal que, desde su retiro de estudioso, sigue apasionadamente la evolución social contemporánea, respondía a un amigo que le pedía su concurso para uno de los muchos partidos reaccionarios o semi-reaccionarios que intentan salvar al país mediante los sistemas de «mano fuerte»; pero que no distinguen la necesidad inmediata y excepcional impuesta por las circunstancias de la ley inmutable, fundada en la observación de la naturaleza humana:

—Muy bien, muy bien, a condición de que no quieran ustedes instalarse en la casa para siempre: yo me resigno a que, mientras haya comunistas, haya también anti-comunistas, porque de otra manera nos devoran, lo mismo que, si me duele la cabeza, tomo aspirina, y si hay ratones, les echo el gato; pero una vez que se me ha quitado el dolor y los ratones han desaparecido, la aspirina al botiquín, el gato afuera, para que no me rasguñe los muebles...

He ahí una muestra de amable buen sentido.

Las pasiones exaltadas no permiten conservar esa lucidez

sonriente. El hombre exaltado no razona: resuena. Y cuando la voz se ha enronquecido y los ojos se han vuelto, blancos, hacia el cielo, ya no hay nada que decir. Sólo queda apretar las amarras del buque, recoger las velas y esperar que la tormenta pase, sin naufragio.

El señor Molina declara que no ha ido a Rusia, pero que no lo siente, porque son muy pocos los viajeros que llegan allá desprevenidos y pueden ver la realidad del espectáculo. Desde el Ministro Potemkin hasta los danzarines rusos, no ha habido en el mundo maestros en el arte de la decoración comparables a los moscovitas. El engaño resulta inevitable.

Nos ha tocado, sin embargo, en suerte conversar con un testigo irrecusable que sentimos no poder nombrar a causa de su alta investidura. Habitó durante un año entero en Rusia. No se trata del simple turista. Por otra parte, su ilustración, sus trabajos de índole política y social, su experiencia y sus dotes de observador lo capacitaban excepcionalmente para ver bien, y la independencia que su situación y hasta sus años le confieren, prestan autoridad a sus palabras.

Le preguntamos cómo lo había pasado en Rusia.

Contestó:

—¡Admirablemente! Yo no sé cómo no va más gente a ese país. Los mejores hoteles, teatros magníficos, mujeres muy bien vestidas, comida de primer orden, en fin, todos los goces de la existencia civilizada. ¡Claro que se necesita dinero! Mientras más dinero tiene uno, mejor lo pasa, como en todas partes. Hay pobres, desocupados, hambrientos, infelices, de todo, como en el resto del mundo.

He ahí una sencilla verdad, que no entrará en cualquier cerebro. Unos negarán que haya pobres, otros que haya ricos.—

ALONE. (De «La Nación»).